

El mejor regalo, un cuento

Contar cuentos es una de las actividades típicas de los abuelos. Casi todos tenemos esa imagen en la memoria. Sin embargo, también la sociedad de consumo está arrinconando esta tradición. Todos tenemos menos tiempo para los niños, incluso los abuelos, y además las editoriales realizan verdaderas maravillas en el arte de confeccionar libros infantiles y ya no se necesita el relato oral. ¿Cómo va a competir la palabra con tal despliegue de imágenes y color? Hoy los abuelos parece que son menos abuelos porque ya no cuentan sus largas historias... y quizá los niños parezcan menos niños porque ya no andan mendigando la palabra amena que les llene la cabeza del lento fluir de las aventuras largamente contadas. Claro que tienen el sustitutivo de la tele que también llena huecos... pero no es lo mismo.

Para la vida familiar el rito de la narración de los cuentos infantiles es un elemento importante no sólo desde el punto de vista de consolidación del lenguaje a través del contacto con estructuras sintácticas más amplias y complejas que las usadas normalmente en la conversación y de la adquisición de nuevo vocabulario, sino también desde el punto de vista de toma de contacto con una realidad exterior al hogar y la familia, a la que no importa tanto conocer tal cual es, sino captar simplemente su existencia: de ahí la poca importancia que el realismo tiene en estas narraciones.

MILAGROS EZQUERRO

Vamos a contar un cuento:

Había una vez un país donde todo era posible, un país donde las preguntas incontestables podían vivir esperando una respuesta, donde el bueno era siempre el bueno y el malo asumía los papeles negativos, sin ambivalencias, para que uno supiera a qué atenerse, pero también

donde el sapo podía convertirse en un príncipe y la tierra yerma esconder un tesoro fabuloso. Y de esta manera, uno no sabía nunca qué sorpresa podía encontrar.

Un país donde los problemas tenían una solución, mitad mágica, mitad original. Donde todos los miedos se objetivaban en el terrible monstruo, y ese mons-

truo era aniquilado con valor e ingenio. Donde los niños eran los protagonistas y los animales del bosque sus aliados. Y donde, en última instancia, se tenía la certeza de contar con la intervención del hada madrina.

Un país donde todas las palabras podían jugar a ser poesía, emoción o carcajadas. Donde cabían los mayores absurdos,

amigablemente enlazados con una lógica desconcertante. Donde el final feliz duraba para siempre y donde todo podía volver a suceder, exactamente igual o completamente distinto, según lo que cada uno necesitara encontrar.

Éra el país de la fantasía, que desplegada entera al servicio de los niños, se convertía en un fabuloso regalo de amor.

Pero ¿son importantes los cuentos?

Los que hemos tenido la fortuna de haber pasado muchas horas de nuestra infancia descubriendo el filón inagotable de los cuentos, sentimos el gusanillo de iniciar a los niños en la misma aventura.

Y les contamos cuentos para divertirlos, o para conseguir que dejen de dar la murga por un rato. O porque la tele se ha estropeado y aceptamos el reto de suplantarla con nuestro ingenio. Otras veces, en plan moralista, les atizamos una fábula adoctrinadora y dogmática, para que aprendan qué se debe y qué no se debe hacer. Y nos quedamos tan anchos. También puede suceder que contemos cuentos porque nos lo pasamos en grande inventando una historia sobre la marcha, estimulados por un auditorio atento y expectante.

Pero sobre los cuentos se han escrito cosas muy serias. Antropólogos, folkloristas, críticos literarios y psicoanalistas, acotan sus respectivas parcelas de estudio y nos ofrecen descubrimientos que pueden resultar sorprendentes.

Desde la conexión entre los ritos iniciáticos y el inconsciente colectivo, a los mensajes simbólicos que ayudan a aceptar la vida haciendo frente a los problemas y sin evadirse, o la medicina tradicional hindú que «receta» cuentos para meditar, en lugar de antidepresivos, se abre un abanico inmenso de aportaciones.

Los relatos míticos han jugado un papel muy importante en el desarrollo intelectual de la humanidad. No sólo favoreciendo el despliegue de la imaginación, sino como factor de socialización que, a la vez, iba dando respuesta a las preguntas más acuciantes.

Y hoy, en medio de los avances de la ciencia y de la técnica, y a pesar de la competencia feroz de las diversiones teledirigidas, los cuentos mantienen su vigencia.

El valor de los cuentos

Cuando levantamos el telón de una aventura fantástica, el auditorio infantil parece caer bajo el hechizo de un mago invisible: los niños abandonan sus trepidantes actividades, y alguien podría decir que han adoptado una actitud pasiva, para dedicarse por entero a atender.

Sin embargo, la atención ya es por sí misma una actividad intensa; mientras la historia azuza su curiosidad, divierte o emociona, los niños están trabajando afanosamente en poner imágenes al relato; el motor de su imaginación está aumentando sus revoluciones. Por eso, al terminar el cuento, suele salir una vocécita inquisidora que nos desafía diciendo: «Y luego ¿qué pasó?» Porque el final, lejos de representar un paso lógico, es para ellos un frenazo brusco. Y su fantasía, que se había puesto en marcha, se niega en redondo a parar su movimiento, y sigue rodando como por inercia. El nuevo cuento puede nacer si somos capaces de aprovechar esa energía fabuladora de una manera constructiva.

Los símbolos son, muchas veces, el único recurso para establecer una comunicación. Y los cuentos son un campo inagotable de comunicación simbólica.

Más que jugar con los personajes de la historia, los niños están jugando consigo mismos y

van estableciendo una serie de identificaciones con los distintos personajes. Aprovechando esta situación, podemos utilizar un personaje clave para enviar un mensaje alentador.

Inventar un cuento para Lili que tiene terror al agua, puede ser «disfrazarla» en una sirenita muy aventurera que viaja feliz encima de una ola. O para Jorge, que se cree demasiado torpe para jugar con sus compañeros, podemos ofrecer las aventuras de unos niños perdidos en la selva, de la que consiguen salir gracias a una idea brillante de aquel a quien todos consideraban como una carga inútil.

Un efecto terapéutico es también el de desdramatizar personajes temidos haciéndolos cómicos. Y la introducción de las palabras tabú, que se convierten en un desafío liberador: seguir las aventuras del Gran Jefe Culo Plano y su mensajero Pedo Velloz, les hará mondarse de risa. Y no hay nada mejor que la risa para desbloquear situaciones tensas y poner en su sitio esos temas inquietantes «de los que los niños no deben hablar». La risa hace desaparecer el sentimiento de culpa y los deja libres para utilizar las palabras adecuadamente, aunque lo más probable sea, como reacción inmediata, la de ametrallarnos con ellas durante un buen rato. Un poco para probarnos a nosotros mismos, y un poco, sorprendidos de haberles perdido el miedo.

Es frecuente que los niños protesten de las innovaciones que se introducen en un relato ya conocido. Sedientos de aventuras, pero también conservadores radicales, se sienten amenazados por ese elemento extraño que echa abajo sus expectativas acerca de los acontecimientos. Su deseo de seguridad es, al mismo tiempo, una necesidad de afirmación. Pero la innovación es un estímulo para ejercitar su capacidad de reacción ante situaciones imprevistas, un juego que les permite encontrar sus propias soluciones originales.

Sin arrinconar los valores educativos de la pedagogía del héroe o de la utopía, ni el dominio de un vocabulario más rico y de las calidades poéticas, es en el terreno afectivo donde las narraciones fantásticas cobran su mayor importancia.

Un cuento puede ser el truco que utiliza el niño para atrapar al adulto a su lado. Mientras lo tiene así, acaparado en exclusiva, completamente dedicado a él, se siente seguro, protegido e importante. Y muchas veces exige el mismo cuento, repetido literalmente y sin sorpresas, porque le permite, mientras lo escucha, saborear al adulto, aventurarse a descubrirlo por su expresión, su sentido del humor o su ternura.

El niño: fantasía y realidad

Los cuentos tienen como objetivo el niño. Y el niño vive a caballo de ese binomio de oposición que es, para los mayores, el de la fantasía y la realidad.

Con demasiada frecuencia pretendemos que nuestros «locos bajitos» razonen de la misma manera que lo hacemos nosotros: utilizando el presente sólo como un paso calculado hacia el

futuro, con esa urgencia desenfrenada que nos impide disfrutar toda la maravilla que nos ofrece cada minuto de vida.

Enfrentamos realidad y fantasía como enemigas irreconciliables y les damos un valor positivo y negativo, respectivamente. «Perder el tiempo en imaginaciones vanas», «ser una persona absolutamente realista». Arrastrados por nuestro racionalismo, vamos despojando cada situación de sus ropajes fabulosos, hasta enfrentarnos con una estructura, huesuda y árida, que abre un interrogante que sólo se puede explicar recurriendo a la imaginación.

Alguien dijo que a través de los procedimientos fantásticos los niños consiguen entrar en el mundo de la realidad por la ventana, en lugar de hacerlo por la puerta. Y eso siempre resulta emocionante.

Porque los niños tienen la suerte de vivir en presente, y precisamente por eso, pueden encontrar a través de los cuentos una oportunidad que les ayude a irse descubriendo a sí mismos en el héroe de la historia. A la vez que dan salida a un montón de problemas que les desconcier-

tan, van encontrando el sentido de su propia vida.

Al sentirse aludidos, de forma indirecta, podrán ir descubriendo, pasito a pasito, los valores de justicia, amistad, lealtad o valentía, pero no como corazas impuestas, sino con la seguridad y confianza en sí mismos que es lo que les puede ayudar a avanzar positivamente a través de la aventura de vivir.

Y nosotros, si seguimos empeñados en hacer una dicotomía radical entre lo fantástico y lo real, no tendremos más remedio que cerrar los ojos a lo que nos rodea, para no creer en un universo de posibilidades ilimitadas, donde las preguntas tienen una respuesta escondida que espera ser descubierta, donde cada cosa es lo que es pero también lo que podría ser, donde los problemas se podrán resolver si nos decidimos a sacar partido de la imaginación, donde los hombres sean los protagonistas de la historia, y donde la confianza incondicional que alguien ha puesto en nosotros pueda ser el motor de nuestros proyectos.

Un universo donde la fantasía de Dios, desplegada al servicio de la humanidad es, cada día, su mejor regalo de amor.

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

La siguiente actividad puede realizarse utilizando dos técnicas diferentes. En primer lugar una encuesta para conocer en realidad la contestación a algunas preguntas previas: ¿Qué cuentos conocen sus hijos?, ¿cuáles son los preferidos?, etc. Después podría organizarse una mesa redonda o una discusión dirigida para profundizar sobre este tema. Y una sugerencia última: elaborar un cuento y ponerlo en escena o grabarlo en cinta magnetofónica.

Datos para la encuesta y la posterior discusión dirigida:

1. Qué es un cuento
2. Para qué sirve
3. Cómo se debe contar
4. Por qué muchos adultos no son capaces de contar cuentos a sus hijos
5. Por qué muchos adultos no son capaces de inventar cuentos para sus hijos
6. Por qué muchos adultos no son capaces de inventar cuentos con sus hijos
7. Qué cuentos conocen sus hijos
8. Qué cuentos tienen sus hijos
9. Cuáles son los preferidos.
10. Qué criterios podríamos tener para evaluar los cuentos infantiles.